

Editorial

La escritura como umbral: el ejercicio del silencio

Iván Andrés Ordóñez Ordóñez

Preámbulo: la erosión de la experiencia

Vivimos bajo la iluminación constante. En la era de la hipervisibilidad, el 'acontecimiento' ha dejado de ser una ruptura en la trama del tiempo para convertirse en una mercancía de consumo instantáneo. Guy Debord (2008) ya nos advertía en *La sociedad del espectáculo* que: "Todo lo directamente experimentado se ha convertido en una representación" (p. 37). Sin embargo, actualmente esta tesis se halla radicalizada: ya no solo representamos la vida; la sustituimos por un flujo incesante de datos que simulan la experiencia sin tocar jamás su núcleo.

La realidad se nos presenta fragmentada, gritada en titulares que caducan antes de ser comprendidos, en una suerte de obsolescencia programada del sentido. Walter Benjamin (2010), con su habitual clarividencia melancólica, observó que la narración —esa capacidad de intercambiar experiencias— estaba desapareciendo porque "(...) la cotización de la experiencia ha caído" (p. 60). En este vértigo de la información, donde todo debe ser dicho para ser olvidado al instante, la escritura nace, no como un altavoz más en la cacofonía, sino como un repliegue; una resistencia ontológica.

La presentación de un volumen literario es radical en su simplicidad y desmedida en su ambición: hacer prevalecer la palabra escrita. No la palabra comunicativa, servil y utilitaria, esa que Heidegger (1997) denunciaba como la "habladuría" (*Gerede*) (p. 190) que encubre el ser, sino la palabra literaria, el ejercicio escrito como una forma de estar en el mundo o, más precisamente, de ausentarse de él para comprenderlo. Nos remitimos a la escritura, no como un oficio, sino como una ontología. Escribir no es describir el evento; escribir es, en sí mismo, la experiencia que sobrevive cuando el evento se ha extinguido.

I. Maurice Blanchot: la soledad esencial y el desastre

Para comprender la escritura más allá del acontecimiento, debemos ‘caminar’ primero al ‘espacio literario’ cartografiado por Maurice Blanchot, para quien escribir no es un acto de poder, sino de despojamiento; es la entrega a una pasividad radical.

En *El espacio literario*, Blanchot (2002) postula que la obra exige la desaparición del autor. Quien escribe debe renunciar a decir “yo” para entrar en un espacio neutro: el del “él”, donde el lenguaje habla por sí mismo, en una soledad que no es aislamiento psicológico, sino ontológico. “Escribir es participar de la afirmación de la soledad donde amenaza la fascinación. Es entregarse al riesgo de la ausencia de tiempo donde reina el recomienzo eterno. Es pasar del Yo al Él” (p. 29).

El acontecimiento político o biográfico es finito; tiene un inicio y un final. Ocurre y cesa. Pero la escritura blanchotiana es el murmullo interminable. Es lo que él llama el “desastre”, no como una catástrofe que ocurre en un momento histórico, sino como algo que es, que está sucediendo siempre al margen de la cronología, desestabilizando cualquier noción de presencia plena. El desastre es “siempre pasado y, no obstante, estamos al borde o bajo la amenaza, formulaciones estas que implicarían el porvenir, si el desastre no fuese lo que no viene, lo que detuvo cualquier venida” (Blanchot, 1987/1990, p. 9).

Así, en *Horizontes Literario* buscamos textos que se atrevan a ese sacrificio. Queremos recuperar esa dimensión atemporal donde la escritura se libera de la servidumbre de ‘informar’. Cuando la palabra renuncia a ser útil, entra en su verdadera potencia más densa y terrible: la de fundar. Escribir es enfrentarse al vacío de la página y descubrir que no se tiene nada que decir y que, aun así, *se debe* decir. Es en esa tensión aporética, en ese “no poder hablar” que sin embargo habla, donde reside la literatura que pretendemos. Como sentencia Blanchot (2002): “El escritor es entonces el que escribe para poder morir y que obtiene su poder de escribir de una relación anticipada con la muerte” (p. 81).

II. Jorge Luis Borges: la memoria del infinito

Y si con Blanchot vamos al ‘vacío’ y a la neutralidad, Jorge Luis Borges nos devuelve al infinito; a un infinito que es, paradójicamente, una forma de encierro y de liberación simultánea. Para Borges, la escritura es una operación de la memoria y del olvido; un intento de ordenar el caos del universo mediante la geometría de los símbolos.

En un mercado editorial obsesionado con la 'originalidad' y la 'novedad' —dos ídolos falsos del capitalismo cultural—, nosotros invocamos el espíritu borgeano para recordar que todo texto es un borrador y que todo autor es, en el fondo, todos los autores. La literatura no es una creación *ex nihilo*, sino una reordenación de una biblioteca eterna.

“Quizá la historia universal es la historia de la diversa entonación de algunas metáforas” (Borges, 2007, p. 10). Esta afirmación en *La esfera de Pascal* dismantela la vanidad del escritor contemporáneo. El escritor no es un dios creador, sino un amanuense del espíritu humano, alguien que intenta, faliblemente, soñar el mundo de nuevo. Borges nos advirtió sobre el peligro de confundir el mapa con el territorio, pero también sugirió que, a veces, el mapa es lo único que poseemos para no perdernos en el desierto de lo real.

El 'acontecimiento' periodístico es un mapa burdo, utilitario, trazado con urgencia. La escritura literaria es un territorio lleno de senderos que se bifurcan, de tigres y espejos. *Horizontes Literario* pretende ser ese espejo donde el lector no vea su rostro reflejado con la nitidez del narcisismo contemporáneo, sino que vea el rostro de 'el otro' o, quizás, el rostro de nadie.

La palabra escrita, bajo la tutela de Borges, se convierte en un sistema de símbolos capaz de vencer o, al menos, suspender, el tiempo. Mientras el evento muere en el noticiero de la noche, el verso aspira a la modesta eternidad de la piedra. En *La muralla y los libros*, Borges (2007) reflexiona sobre la inminencia de la revelación estética. Allí afirma:

La música, los estados de felicidad, la mitología, las caras trabajadas por el tiempo, ciertos crepúsculos y ciertos lugares, quieren decirnos algo, o algo dijeron que no hubiéramos debido perder, o están por decir algo; esta inminencia de una revelación, que no se produce, es quizá, el hecho estético. (p. 7)

Buscamos esa inminencia. No la respuesta, sino la pregunta que queda vibrando en el aire. La escritura es el tamiz por donde pasa la arena de la historia y queda, brillando, la pepita de oro de la condición humana.

III. Franz Kafka: la escritura como condena y rezo

Y luego está Kafka. Franz Kafka, el santo patrón de la escritura como imposibilidad física y espiritual. Para él, escribir no era una carrera ni una profesión; ni siquiera una vocación en el sentido romántico; era una forma de oración, pero una oración dirigida a un dios sordo, ausente o cruel.

Kafka escribía, no para publicar, no para ser leído, sino para no desmoronarse o para justificar su existencia ante una ley inescrutable. Sus *Diarios* son el testimonio de una agonía: la lucha contra el cansancio, la falta de tiempo, la opresión de la vida laboral en la oficina de seguros y la tiranía familiar. Y, sin embargo, la escritura emerge como una necesidad fisiológica, tan vital como respirar. “Escribir es una apertura dulce y maravillosa... Pero ¿qué es lo que se abrirá después? [...] Escribir es saltar fuera de la fila de los asesinos” (Kafka¹).

Horizontes Literario abraza esta visión de la escritura como una ‘hazaña física’. Nos interesa el texto que suda, que tiembla, que muestra las costuras de su propia dificultad; el texto fragmentado. Rechazamos la prosa fácil, el *bestsellerismo* que se desliza sin fricción por la mente del lector como un producto predigerido. Buscamos la escritura que opone resistencia.

En su famosa *Carta a Oskar Pollak*, Kafka (1907) define con brutalidad la función de la lectura y, por extensión, de la escritura que vale la pena:

Si el libro que estamos leyendo no nos obliga a despertarnos como un puñetazo en la cara, ¿para qué molestarnos en leerlo? ¿Para qué nos haga felices, como dice tu carta? Cielo santo, ¡seríamos igualmente felices si no tuviéramos ningún libro! [...] Lo que necesitamos son libros que nos golpeen como una desgracia dolorosa, como la muerte de alguien a quien queríamos más que a nosotros mismos, libros que nos hagan sentirnos desterrados a los bosques más remotos, lejos de toda presencia humana, algo semejante al suicidio. Un libro debe ser el hacha que rompa el mar helado dentro de nosotros. Eso es lo que creo. (párr. 1)

El acontecimiento pasa; la sentencia de Kafka permanece. La burocracia del mundo, el absurdo de nuestras rutinas, la alienación del sujeto moderno... todo eso sigue ahí, intacto. Solo la escritura, con su lógica onírica y su precisión quirúrgica, es capaz de dismantelar, aunque sea por un instante, la maquinaria del poder. Escribir es el proceso de intentar cruzar un umbral que siempre se aleja, como el campesino ante la puerta de la ley. Es el ejercicio de la espera.

IV. Deleuze, Foucault y la resistencia del pensamiento puro

Al trascender el mero acontecimiento, la escritura se convierte en una práctica de aprendizaje forzado y de resistencia al poder del ‘discurso normalizado’.

¹ La cita es una reconstrucción de dos textos de Kafka: *Carta a Max Brod*, 5 de julio de 1922, la cual también se recoge por Jordi Liovet, en el prólogo de *Obras completas III*, p. XLVII. La segunda parte, se halla en *Diarios, Carta al padre*, p. 490.

Gilles Deleuze (2021), en su estudio sobre Marcel Proust, rechaza la idea de que la *Recherche* sea una simple búsqueda de la memoria voluntaria. En realidad, la obra es una máquina de desciframiento de signos.

Para Deleuze, el tiempo, la verdad y la esencia de las cosas no se nos entregan de forma voluntaria, sino que se imponen a través de signos que exigen una interpretación y un “ejercicio” intelectual que va más allá de la experiencia sensorial o emocional. La escritura se vuelve entonces un deber de interpretación. El sentido de la búsqueda, dice, no es el recuerdo, sino la verdad. El deber de la búsqueda no es recordar, sino interpretar, descifrar y llevar el signo hasta el concepto. La verdad es el efecto de una coacción. La verdad nunca es voluntaria (Deleuze, 2021, capítulo 1).

La escritura, vista bajo esta óptica, es la disciplina por la cual el ser es forzado a pensar lo que no quería, a salir de sí mismo y a buscar el significado profundo oculto bajo la superficie de los hábitos y los acontecimientos triviales. Es un ejercicio de superación del yo, en aras de una verdad impersonal.

Esta verdad impersonal nos lleva directamente a Michel Foucault y a la radicalidad del pensamiento que se encuentra en los límites del lenguaje. Foucault, al interrogar las estructuras del saber y del poder, identificó aquello que la razón intenta expulsar, lo que él denominó, en referencia al pensamiento mismo, “La Gran Extranjera”.

“La Gran Extranjera” es la metáfora del Pensamiento Puro, la potencia del pensamiento que se resiste a ser domesticado por las reglas del discurso científico o lógico. Es esa fuerza bruta e impersonal que no se adhiere a la racionalidad histórica. En un gesto que nos conecta con Blanchot, Foucault (1988) ve la literatura moderna, desde Sade y Hölderlin, como el espacio donde el lenguaje abandona su función representativa para afirmarse en su propia exterioridad: “La literatura no es el lenguaje que se identifica consigo mismo hasta el punto de su incandescente manifestación; es el lenguaje alejándose lo más posible de sí mismo” (p. 12)

Buscamos textos que exhiban esa ‘exterioridad’, ese quiebre que revela la insuficiencia del acontecimiento para contener el ser. Queremos que nuestra revista dé cabida a esa Gran Extranjera que se niega a ser capturada por las categorías sociológicas o periodísticas. La escritura, en este sentido, no es solo un acto de lucidez, sino un acto de subversión: al dar cuerpo a lo que el poder del discurso rechaza, se convierte en un acto de resistencia epistemológica y política.

V. Manifiesto: la invitación al silencio

Horizontes Literario no es un producto; es un espacio; un espacio literario, en el sentido más riguroso del término. Un lugar donde la palabra tiene peso, gravedad y sombra.

Rechazamos la velocidad. Rechazamos la escritura como mera transmisión de datos. Rechazamos la reducción del lenguaje a herramienta de *marketing* o propaganda ideológica.

Invitamos al lector a entrar aquí, no para informarse, sino para perderse; para experimentar la escritura como un estado alterado de conciencia; para sentir el vértigo de Borges ante el Aleph, la angustia de Kafka ante el castillo, el vacío de Blanchot ante el desastre, y a encontrar en ellos, una extraña forma de lucidez.

En esta época de imágenes saturadas, reivindicamos la austeridad del signo negro sobre la página blanca. Hay un misterio en la tipografía, en la línea que se quiebra, en el párrafo que respira, que ninguna pantalla de alta definición puede replicar. La lectura profunda, esa que exige detenerse, releer, cerrar los ojos y pensar, es el único antídoto contra la aceleración que nos deshumaniza.

Aquí, la palabra escrita prevalece; no como un dogma, sino como una pregunta abierta; como una huella en la arena que, milagrosamente, la marea de la historia no borra.

Bienvenidos a la lectura. Bienvenidos a la escritura. Bienvenidos a *Horizontes Literario*.

Referencias

Benjamin, W. (2010). *El narrador*. Metales pesados.

Blanchot, M. (1990). *La escritura del desastre* (De Place, P., Trad.). Monte Ávila Editores. (Obra original publicada en 1987).

Blanchot, M. (2002). *El espacio literario*. Editora Nacional.

Borges, J. L. (2007). *Otras inquisiciones*. Ediciones Destino.

Buchwald Editorial. (s.f.). Franz Kafka: Carta a Max Brod, 5 de julio de 1922 [Blog]. <https://www.buchwaldeditorial.com/post/franz-kafka-carta-a-max-brod>

- Debord, G. (2008). *La sociedad del espectáculo* (Pardo-Torío, J. L., Trad., 2.^a ed.). Editorial Pre-textos.
- Deleuze, G. (2021). *Proust y los signos* [digital]. Editorial Anagrama.
- Foucault, M. (1988). *El pensamiento del afuera* (M. Arranz, Trad.). Pre-Textos.
- Heidegger, M. (1997). *Ser y tiempo*. Editorial Universitaria.
- Kafka, F. (1907). Carta A Oskar Pollak Quotes. Goodreads. <https://www.goodreads.com/quotes/tag/carta-a-oskar-pollak>
- Kafka, F. (2003). Obras completas III. Narraciones y otros escritos (J. R. Wilcock, Trad.). Galaxia Gutenberg.

Horizontes
Literario